

El camino de la amistad

Memoria, testimonio, agradecimiento

Olegario González de Cardedal

Los hombres somos lo que hemos llegado a ser nosotros mismos y lo que nos han hecho posible los otros. Al volver la mirada a nuestra existencia comprobamos la influencia de personas y la afluencia de ideas que han ido desembocando en el mar de nuestra existencia. No podemos recuperar nuestra vida tal como ha sido vivida, sin pronunciar en el hondón de nuestro ser nombres y lugares; sin volver a ser conscientes de esa alteridad que nos constituye y que nos ha forjado en nuestras actitudes y comportamientos. Influencias que nos engendraron para la responsabilidad y la libertad. Personas que nos recuerdan un legado de deudas a la vez que nos dejan en un tajo abierto por ellas, en el que tenemos que seguir sembrando, creyendo, actuando.

I

Entre los dones que yo he recibido de Dios está la amistad de un joven teólogo alemán formado en la universidad de Múnich y hoy retirado del ejercicio tras haber sido sucesor de los apóstoles en la cátedra de San Pedro. No es la amistad de dos iguales por edad, generación histórica o simple coincidencia de tiempo o lugar. Joseph Ratzinger me precede al pertenecer a una generación anterior (1927) a la mía (1934). Los hechos de nuestro origen, contexto cultural, nacional y formación de ambos son incomparables. ¿Qué hay de común entre un niño nacido en una aldea de Gredos en la cordillera que divide la pobre España norte de la España sur con un joven bávaro, heredero de la inmensa cultura espiritual, filosófica, teológica, literaria y musical adensada en su país desde el siglo XVI y en la que los nombres de Kant, Hegel, Heidegger y tantos otros habían configurado desde el lenguaje a la conciencia de cada generación, de casi todas personas? El fondo inicial y la raíz permanente de nuestra amistad deriva del hecho de haber conocido y compartido un momento crítico para la iglesia, la teología y el mismo cristianismo durante el primer decenio posconciliar.

Situación espiritual de la iglesia perpleja sin ser capaz de descubrir la conexión de lo nuevo con lo viejo, lo creído siempre con las nuevas propuestas tanto de la teología protestante como de la católica, especialmente en Alemania. Compartíamos el diagnóstico de la situación, teníamos una buena formación bíblica, patristica y sistemática que nos anclaba en las realidades esenciales

del cristianismo y que nos hacía libres para afirmar o negar ante las sucesivas propuestas alternativas. Fe y coraje fueron nuestras dos anclas hasta hoy. Ese trasfondo eclesial y teológico compartido, gozado y sufrido es lo que explica la perduración durante medio siglo de esta amistad. A lo largo de estos decenios hemos intentado vivir esa comprensión del cristianismo que encontró en el Concilio Vaticano II su expresión normativa. Sin retornar artificialmente a Trento ni anticipar un hipotético Vaticano III. Por esta razón he dedicado varias páginas a Tubinga, como símbolo de esta explosión de todo lo anterior y el señuelo de todo lo nuevo considerado posible.

II

La universidad de Múnich fue el hogar de formación para ambos, después de que él había hecho los primeros estudios teológicos en la Escuela de Teología de Freising y yo en un seminario español de provincia Ávila. La facultad de Teología de Múnich, como todas las otras alemanas, las católicas y las protestantes, formaban parte de la universidad del Estado. En los años que ambos pasamos en ella tenían un inmenso prestigio y figuraban a la cabeza de la valoración universitaria por las personalidades humanas y profesionales que habían formado. En el decenio posterior a la guerra mundial afluyó a Múnich una legión de profesores, que habían formado parte de las universidades situadas en los territorios que después de la guerra pasaron a ser de Polonia, especialmente de Breslau. Múnich recibió a no pocos de ellos, figuras de primera línea en distintas áreas: teología sistemática, exégesis, derecho canónico, liturgia y pastoral.

En la universidad Ratzinger y yo no coincidimos cronológicamente. Cuando yo comenzaba el doctorado, él ya había concluido la habilitación y la había publicado. Ambos trabajábamos sobre San Buenaventura, pero no nos llegamos a conocer ni yo tuve relación con él, a pesar de que en mi tesis hacía una crítica de algunos aspectos de la suya. Incluso desconocí yo en ese momento las tensiones que hubo cuando el profesor Schmaus rechazó una primera redacción de la tesis de Ratzinger dirigida por el profesor Sönngen. Tras una fuerte tensión entre los profesores llegaron a una solución salomónica: dejar fuera la primera parte dedicada a la comprensión de la revelación y aceptar solo la segunda, centrada en la teología de la historia. Fueron momentos de un doloroso dramatismo para Ratzinger, que ya estaba orientado hacia la docencia universitaria y de la que habría quedado excluido si la Universidad rechazaba este trabajo de habilitación. Las páginas, que dedica a este tema en su pequeña autobiografía todavía hoy nos dejan sentir la angustia de quien hubiera tenido

que dar un giro a su vida y a la de sus padres, si esa tesis no era admitida (J. Ratzinger, *Aus meinem Leben. Erinnerungen 1927-1977*).

Tras la conclusión en la universidad cada uno seguimos nuestro camino: yo me volví a España para ser profesor primero en el seminario de Ávila y luego en la Universidad pontificia de Salamanca. Ratzinger había comenzado un largo periplo que le llevó por buena parte de las universidades alemanas: Bonn, Münster, Tübingen, Regensburg. Nos encontramos personalmente por primera vez en Roma en octubre de 1969, durante la primera sesión de la Comisión Teológica internacional instaurada por Pablo VI en mayo de ese año. A ella pertenecían las figuras señeras que habían sido los artífices teológicos del Concilio Vaticano II. Entre ellos de lengua francesa: Lubac, Congar, Bouyer y de Bélgica Philips...; de lengua alemana Balthasar, Rahner, Schnackenburg, Schürmann... Yo era el benjamín de la Comisión, único español junto a un argentino: Lucio Gera. Ratzinger y yo, ambos fuimos renombrados para el segundo quinquenio en 1974. Nos reuníamos una semana al año. Esos diez años de encuentros, exposiciones, diálogos, propuestas fueron para mí una especie de iniciación sacramental al misterio cristiano expresado en el pensamiento y las vidas de esos teólogos. Padres y maestros a quienes yo oía con la pasión de un niño a los pechos de su madre. En ese contexto de pensamiento teológico, de inserción eclesial y de ejemplaridad sacerdotal cuajaron las convicciones profundas y los encauzamientos radicales tanto de mi vida como de mi teología hasta hoy.

III

Una de las características de la teología del siglo XX es que los grandes teólogos son grandes escritores; en cantidad y en calidad. Ratzinger ya había formulado la teoría. “La teología debe dar orientaciones para el camino de la vida cotidiana y encontrar patrones de transmisión de la reflexión a la proclamación; *el pensamiento sólo demuestra su valor cuando puede decirse*”.¹ Ratzinger publicó en 1968 el libro que sería considerado su mejor obra hasta hoy: *Introducción al cristianismo*. Al año siguiente, 1969, fue traducido al castellano y publicado en Salamanca, por la Editorial Sígueme, con un prólogo mío. Cuando todavía no nos conocíamos personalmente yo mostraba en esas páginas introductorias mi alegría y sintonía con el autor, al ver a un teólogo pensando en alto con toda claridad y sinceridad el cristianismo Y lo hacía teniendo presentes no solo a los

1 “Die Theologie muss Wegmarkierungen in den Alltag schaffen und Übertragungsmuster aus Reflexion in Verkündigung finden; erst in der Sagbarkeit bewährt sich der Gedanke (*Dogma und Verkündigung*. München 1973, 7.

que de todas las Facultades le oían, sino también a otros oyentes lejanos, esos poderes espirituales y sociales que son el alma directora de cada generación, el *Zeitgeist* (Hegel): la Ilustración con su modelo de racionalidad, la exégesis histórico-crítica, los movimientos progresistas dentro de la Iglesia. Ratzinger tenía el coraje de vérselas directamente con esas propuestas, desplegando una comprensión del cristianismo: racional desde dentro de una comprensión dogmática y bíblica en la extensión de toda la palabra de Dios, y a la luz de la vivencia que su celebración en la iglesia a lo largo de los siglos. Y también frente a quienes dentro de la iglesia católica en el diálogo ecuménico, limaban aristas de los elementos específicamente católicos, pensando que así resolvían los problemas de la unión de las iglesias.

Ratzinger escribe en Tübingen en 1967-1968. En ese lugar y en ese momento casi todo estaba puesto en cuestión. El problema no eran las pequeñas reformas eclesiásticas o aligeramientos posibles de las fórmulas de la fe sino una revisión en su raíz y en sus presupuestos confesantes. El problema ya no era la iglesia de Roma ni siquiera la figura histórica de Jesús sino el cristianismo en cuanto religión histórica, dogmática, eclesial, escatológica. En una palabra: en cuestión estaba el Credo de los apóstoles y la validez de cada uno de sus artículos. De ahí nace la respuesta de Ratzinger: para saber qué es, qué puede hacer y donde no puede estar el cristianismo hay que asumir el Credo y mostrar su validez ante el pensamiento crítico, desenmascarando los presupuestos antropológicos de una cultura que se cierra a la trascendencia, que reduce el horizonte de la razón a la mundanidad y su ejercitación técnico-científico proponiéndola como criterio para cualquier otra pretensión de racionalidad y con ello hace impensable una revelación de Dios en la historia.

Tübingen era en aquel momento uno de los lugares intelectuales más significativos del encuentro o choque con varias cosmovisiones que proponían una mutación o reconstrucción del cristianismo. La primera venía desde la filosofía y desde la política. El marxismo había ido proponiendo una cultura del proyecto de Marx que se ofrecía como conciliable con la cultura del occidente cristiano, afirmando ser un modelo de sociedad aceptable para la iglesia. En la primavera de 1965 había tenido lugar en Salzburgo el encuentro entre intelectuales católicos e intelectuales marxistas de las universidades punteras de Europa. Yo participé en esa semana y nunca la olvidaré. En aquellos momentos la inmensa mayoría de los intelectuales europeos, universidades e instituciones sociales, iglesia incluida sin decirlo explícitamente, estaban convencidas de que el socialismo era la solución del futuro y que había que ir preparando el terreno en el que convivir juntos marxistas y cristianos (Cf E. Kölner (Hg), *Christentum und Marxismus heute*. Wien-Frankfurt 1965, con la lista de las ponencias y los

nombres de los 25 profesores participantes).

La *Ostpolitik* de la Santa Sede (Cardenal Casaroli) iba en la misma dirección. Y algunos se preguntaban porqué en los textos del Concilio Vaticano II no aparece la palabra comunismo, siendo un poder hegemónico en Rusia y desde ella en casi todo el mundo. Para entonces ya estaba en Tübingen el filósofo Ernst Bloch. Hacía una relectura del cristianismo a la luz de los intentos utópico-revolucionarios reprimidos en la historia de la Iglesia, y que constituirían el auténtico fermento revolucionario del evangelio Y propone una teoría de la esperanza activa que abre a la trascendencia, aun cuando no sea trascendente. Jürgen Moltmann intentaba una teología que estuviera centrada no tanto en la fe como en la esperanza, que habría sido la gran olvidada o preterida en la historia del cristianismo. A ese proyecto corresponde su *Teología de la esperanza* (1976). A distancia, pero dentro de la misma atmósfera, aun cuando con otros acentos, estaba brotando la teología política de J.B. Metz recientemente fallecido.

Desde el punto de vista intrateológico había en Tübingen otras potentes corrientes de pensamiento que constituían una amenaza en la raíz del cristianismo en cuanto religión histórica con voluntad escatológica, es decir con la afirmación de que con él se había insertado en nuestro mundo el Absoluto encarnándose. Por un lado, estaba la teología liberal o neoprotestantismo cuyas figuras máximas eran E. Troeltsch y A. Harnack. Troeltsch había establecido sus tres principios o criterios para aceptar un cristianismo moderno: la *razón crítica*, tal como esta se piensa a sí misma después de Kant; la *analogía* o la afirmación de que no puede existir nada absolutamente nuevo que no esté en correlación o semejanza con lo anterior; la personalidad o *supremacía de la subjetividad individual* respecto de cualquier otra autoridad externa al sujeto. Desde esta posición rechazaban la pretensión de universalidad y absolutez del cristianismo. Con estos tres criterios decidían la validez del cristianismo para conjugarse con honestidad intelectual en la cultura moderna. Esta objeción afectaba de manera especial al protestantismo en la medida que aceptase una permanencia y continuidad dogmática con los presupuestos dogmáticos de la Reforma. Para ellos Lutero no era el inicio de la modernidad sino un exponente de la Edad Media, es decir del pensamiento precrítico. La experiencia de la primera guerra mundial y la teología dialéctica con Barth a la cabeza dieron al traste con tales esperanzas liberales, frutos de una burguesía alemana bien pensante y referida a sí misma como centro y culmen de la cultura.

Con estos criterios la nueva exégesis crítica releía los textos del Nuevo Testamento a la luz de la filosofía contemporánea determinada por Heidegger, con su repercusión en la teología mediada por Bultmann, que había sido colega suyo en Marburg. Desde aquí entraban en crisis datos fundamentales del Nuevo

Testamento. En primer lugar, la ruptura de la conexión entre la palabra de Jesús, de quien se afirmaba que no era cristiano sino judío (Wellhausen), y la predicación de la Iglesia que desde sus comienzos le ha confesado como Cristo, Señor, Hijo de Dios. Términos como salvación, justificación, cruz y resurrección eran releídos desde las categorías existencialistas y comprendidas como autenticidad de la existencia, en *Gelassenheit* y apertura, disponibilidad al futuro. Bultmann había propuesto su teoría de la desmitificación del Nuevo Testamento y ya no se sabía dónde acababa el relato simbólico, los hechos reales y el mensaje salvífico. La preocupación central era fijar la determinación de la existencia por el anuncio y la predicación, ya que era en el acontecimiento de esta donde acontecía la resurrección de Cristo. En este contexto el radicalismo fue llevado hasta el extremo en posturas como la de H. Braun afirmando que lo esencial y substantivo del evangelio consiste en este binomio: *Du darfst* – *Du sollst*, o la correlación entre la posibilidad ofrecida por Dios y la obligación aceptada por el hombre ¿Era esto algo más que existencialismo dorado de cristianismo para el pueblo? En Tübingen, era profesor en ese momento E. Käsemann, seguidor radicalizado en un sentido y en otro crítico de Bultmann.

Otro nombre entre los profesores exponentes de la fama que había alcanzado Tübingen era el de Küng, que desde Suiza llegaba con el eco aún presente de su tesis doctoral sobre la Barth, quien se la había prologado. Las nuevas actitudes de la iglesia católica y la efervescencia derivada del Concilio Vaticano II le llevaron a una reflexión sobre elementos esenciales del cristianismo en su versión católica y su convergencia o contraste con tres grandes realidades nuevas: el ecumenismo, la exégesis crítica, la conciencia moderna conformada por un humanismo nuevo y los movimientos liberadores

Aquí se sitúan sus libros fundamentales ordenados a proponer una visión del catolicismo que pueda ser asumida por la razón moderna, por la exégesis crítica y por el diálogo ecuménico. El primero de estos fue *La Iglesia*. Todavía estaba por llegar al fin del Concilio y para asumir las decisiones fundamentales las formulaciones en las tres grandes Constituciones, especialmente la *Lumen Gentium*. Küng estableció innumerables contactos durante las sesiones conciliares en Roma en orden a que sus ideas pasaran al texto conciliar. Al comprobar que no lo lograba, retorna a su cátedra en Tübingen dispuesto a ofrecer una eclesiología alternativa a la conciliar. Estas son palabras suyas literales. La segunda gran cuestión que aborda en los años siguientes es la de la autoridad en la iglesia y la comprensión del magisterio en el Concilio Vaticano I respecto de la autoridad y potestad del papa, es decir la *Infalibilidad*. Todo su esfuerzo tenderá finalmente a reclamar la indefectibilidad de la iglesia en la comunidad abierta en la historia de todos los creyentes, frente a la infalibilidad

del Papa como sujeto individual con legitimidad de decisión última, irrevocable vinculante para todos. Pensaba que con esta formulación era posible el acercamiento a la postura protestante.

El tercer punto central, en realidad el primero y máximo, es la comprensión de la identidad de Cristo como Hijo de Dios, en el sentido de los concilios ecuménicos de los tres primeros siglos, de la que deriva su universalidad salvífica como revelador supremo y don definitivo de Dios para todos. A esta cuestión dedicó su nuevo libro *Ser cristiano*. Junto a capítulos rigurosos y literariamente bellos están las afirmaciones que sitúan a Cristo como el representante, lugarteniente, testigo supremo de Dios para los hombres. Estamos ante la eterna cuestión de quién es Cristo. Y solo hay dos respuestas posibles. Una que le comprende desde su condición judía, con su acción profética hasta el final en la muerte y su repercusión sobre sus discípulos hasta hoy. La encarnación de Dios en Jesús es la afirmación específica del cristianismo. Ella es inseparable del hombre Jesús aceptado en su humanidad concreta es decir en su condición de judío en un tiempo y lugar únicos. En el cristianismo trascendencia e historia son inseparables

La otra comprensión ve a Cristo desde la perspectiva de Dios, de su misterio trinitario, como su inserción encarnativa en la historia de los hombres, en su unión con cada uno de los hombres porque por cada uno murió y se entregó. En la respuesta que demos al problema de Cristo va implicada la comprensión de Dios. Trinidad y cristología han sido inseparables a partir del momento en que Nicea, Éfeso y Calcedonia responden explícitamente a esta cuestión. Los textos de Küng son matizados, sin embargo, no aparece del todo claro si acepta la comprensión que la Iglesia ha mantenido hasta hoy.

Tras largos y agotadores debates en la universidad, en la prensa, en la vida intelectual alemana, la Conferencia episcopal alemana remite todo el proceso a Roma. Más allá de formulaciones precias y minuciosas, tanto de Küng como de los organismos romanos, se llega a la decisión de retirarle el permiso para enseñar teología a quienes se preparan para el ministerio apostólico (*venia docendi*) y con ello la posibilidad de seguir de catedrático de dogmática en Tübingen. Pero se buscó una salida honrosa y se aseguraba la posibilidad de seguir haciendo teología nombrándole el Estados alemán director del Instituto Ecuménico de la Universidad. Él y muchos de los entusiastas han acusado a Juan Pablo II de negarle su identidad como teólogo. La frase final de la decisión romana: “Hans Küng no puede ser considerado teólogo católico”, había sido utilizada por Karl Rahner en los largos debates surgidos en torno al tema de la infalibilidad.

Todo este conjunto de factores llevaron a Ratzinger a dejar Tübingen. La universidad se había convertido en una instancia política con voluntad revolucionaria. En este contexto era imposible hacer teología. Sin libertad y bajo coacción ideológica era imposible pensar. Ratzinger marchó a Regensburg. Era una universidad nueva y le suplicaron aceptase incorporarse a ella y asumir cargo de responsabilidad.

IV

El caso Küng no era una situación personal exclusiva de él. Estaban en jugo distintas comprensiones del cristianismo y de la Iglesia. La universidad se había convertido en una plaza pública con manifestaciones permanentes de un signo y del contrario. Todo estaba a debate: la Biblia y su interpretación, el evangelio y su eficacia para transformar el mundo. Ratzinger estaba en el corazón del problema como profesor y como decano de la Facultad de Teología. Los profesores fueron preguntados a la hora de tomar una decisión sobre la permanencia o ausencia de Küng como profesor de la Facultad. Y la respuesta fue negativa. Nunca se lo perdonará. Los dos nombres a quien él consideró luego supremos responsables de la respuesta negativa sobre su permanencia fueron Ratzinger, ya en Roma, y Kasper, en la Facultad. No solo por lo que entonces eran en Tübingen, sino también por los cargos que tuvieron en Roma durante los años siguientes, en los que Küng esperó que se le levantara la prohibición, sin que esto llegara a tener lugar.

Esta experiencia de Ratzinger dejando Tübingen, dejando y marchando determinó su futuro. Allí estaban a debate no pequeñas cuestiones sino grandes y de fondo. El cristianismo, ¿es un proyecto revolucionario, un programa moral, una ideología, un sistema terapéutico o es el resultado de la revelación y encarnación de Dios en el mundo? En una palabra: ¿la fe es posible? ¿Cuál es su naturaleza, y que aporta al hombre? ¿Necesitamos salvación y cuál es su contenido? La Iglesia, ¿es una sociedad que surge desde una decisión por la que nos asociamos a unos fines que nosotros nos hemos propuesto o es una creación de Dios, una institución a la que nosotros somos invitados a adherirnos acogiendo el evangelio, que ella tiene que proclamar, y los sacramentos recibidos de Cristo, que tiene que dispensar?

Por aquellos años, y prácticamente hasta hoy, Küng ha considerado a Ratzinger como su antagonista, como el agraciado y encumbrado por la Iglesia mientras que él era rechazado. Ratzinger mantuvo su postura crítica pero ejercitó la magnanimidad con él siendo ya papa y ofreciéndole un encuentro

que tuvo lugar en Castelgandolfo. Pero dejando claro que no se trataba de un coloquio doctrinal entre colegas iguales la universidad, sino entre dos amigos que se encontraban en situaciones y con responsabilidades distintas. Ratzinger le alabó sus esfuerzos y proyectos en favor de una ética mundial y de la responsabilidad de la religión, pero nada dijo sobre su pensamiento doctrinal o sobre su situación en la Iglesia.

Küng por su parte agradeció el gesto de quien no era un profesor de universidad como él, sino la máxima autoridad en la iglesia católica. Después de este largo itinerario de ambos uno lee con inmensa tristeza las afirmaciones y el tono con que Küng habla de Ratzinger en los tres tomos de sus *Memorias*. Trata con igual desprecio airado a hombres como Lubac y Balthasar. La trayectoria de Ratzinger ha sido vivida y acompañada por muchos de nosotros como decisiva para nuestra vida, para la iglesia y la sociedad. A él hemos mirado como guía cuando tuvimos que tomar graves decisiones, dar la cara y mostrar quien se era de verdad. Sobre ese fondo de historia de la teología y de la iglesia yo he mantenido la adhesión y el agradecimiento públicos a Ratzinger, mientras potentes grupos beligerantes se han opuesto a su pensamiento como teólogo y a sus directrices como papa.

V

En los años siguientes nuestra amistad se ha mantenido e incrementado. Sus libros siguieron traduciéndose al castellano; la mayoría de ellos publicados aquí en Salamanca por la editorial Sígueme, que en 1968 publicó la *Introducción al cristianismo*. Este libro sin embargo no fue el primero que se tradujo al castellano sino otro: *Die Christliche Brüderlichkeit*. München 196: *La fraternidad cristiana*, Madrid, 1962. El traductor era Jesús Aguirre, que había estudiado en Múnich y que al frente de la Editorial Taurus impulsó la traducción de autores alemanes y franceses de teología, filosofía y espiritualidad. Esta editorial fue la primera que tradujo siete volúmenes de los “Escritos teológicos” de Rahner.

En 29 de agosto de 1999, fiesta de San Agustín, Ratzinger firmaba el prólogo de su libro *El espíritu de la Liturgia* y lo publicó en castellano la Editorial Cristiandad en 2001, que a lo largo de varios decenios había traducido lo mejor de la exégesis y sistemática del área alemana e inglesa. Yo le escribí una larga “Introducción”. Me pareció que el lector español necesitaba unas páginas introductorias que le situasen en el contexto teológico y eclesial alemán en el que surgía este libro, que para todo lector informado evocaba el publicado en 1919 con el mismo título por Romano Guardini. La Liturgia se había convertido en uno de los temas más polémicos en el posconcilio sobre el sentido de la reforma y

las aplicaciones concretas, que iban desde los extremos de mantener todo lo que el Misal de San Pío V había sido en cinco siglos o hacer una propuesta nueva eliminando casi las adherencias añadidas a las sobrias y transparentes formas apostólicas de la celebración eucarística. Todo ello a la vez que estaba teniendo lugar una cruzada iconoclasta para desnudar santos y altares, púlpitos y cancelles, que impidieran discernir cual era el centro de este ámbito celebrativo: ¿El altar, la sede, el ambón, la pila bautismal, el retablo, evangeliario abierto y expuesto? No fue este el último prólogo que me tocó escribir: el último fue el que escribí para la traducción de la *Introducción del cristianismo* al chino, cuando Ratzinger ya era papa, hecha por uno de esta nacionalidad que estaba estudiando teología aquí en Salamanca.

Otro capítulo que intensificó nuestra amistad fueron sus viajes a España. Durante varios años yo dirigí un curso de teología, dentro de las actividades de verano de la Universidad Complutense de Madrid que se celebraban en el Escorial, y a los que asistían todo tipo de gentes. Era el verano de 1989, y hasta esa fecha, Ratzinger no había estado en España. Tampoco estaba familiarizado con nuestra historia, nuestra cultura o las obras de los grandes santos Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola o San Juan de la Cruz. Yo creo que tampoco había leído el Quijote. A lo largo de todos sus escritos no he encontrado ninguna cita de autores castellanos: solo una del Quijote y era de segunda mano. Probablemente el deseo de conocer un universo eclesial y cultural nuevos le inclinó a aceptar mi invitación, junto con la curiosidad por ver el Monasterio, una de las grandes obras arquitectónicas de la humanidad, y que en Alemania es conocido por Felipe II y su repercusión política en la historia alemana y en el curso de la Reforma. Sin Carlos I hoy Europa sería musulmana y sin Felipe II toda ella protestante. El curso versaba sobre Jesucristo y su ponencia tuvo por título: “Jesucristo, hoy”, publicada en el volumen que recogía las ponencias de todos los profesores que habían intervenido en el curso. Dentro de este mismo marco universitario, para el mismo fin y en el mismo lugar, vino una segunda vez para intervenir en el curso dedicado al nuevo *Catecismo de la Iglesia católica*.

En uno de estos viajes visitamos Salamanca. Antes de llegar me preguntó qué programa teníamos para el día. Yo le contesté que primero visitaríamos las dos catedrales y las dos universidades. Y él me replicó: “No. Primero vamos a ver a tu madre y a tomar un café con ella”. Como este detalle podría citar otros ejemplos de sencillez y amabilidad. En la vuelta al Escorial hicimos noche en Ávila. Allí visitamos el monasterio de San José de las Carmelitas Descalzas, primera fundación de Santa Teresa y en cuya iglesia yo fui ordenado sacerdote. Entramos en clausura y estuvimos conversando con las religiosas largo rato en la Sala capitular.

VI

A lo largo de estos años nuestra amistad ha permanecido entera, como la propia de dos profesores de teología, cumpliendo gozosos una misión que considerábamos esencial para la Iglesia, pues allí donde no hay teología, a la larga, no puede nacer ni crecer la fe. Sin ella la Iglesia sucumbe a la larga a la magia o a la política. En ambos casos contradiciendo su identidad como religión del Logos, es decir de la Palabra, de la Razón, de la Ilustración. La amistad se afianzaba con mis visitas cada vez que iba a Roma; allí unas veces nos veíamos en su casa y otras íbamos a comer a un restaurante. En uno de esos viajes tuvo lugar la presentación en el Colegio Español de Roma de uno de mis libros *La gloria del hombre* (1986), realizada por él, por el entonces Arzobispo de Burdeos J.-Eyt, antes Rector del Instituto católico de París, amigo y buen conocedor de la cultura española. Hubo una tercera persona, que andado los años ha tenido y sigue teniendo gran responsabilidad en la Iglesia, entonces como profesor en la Universidad Gregoriana y hoy Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe, el Padre jesuita Luis Ladaria.

Me queda por enumerar un hecho nuevo y sorprendente, que fue para mí un acto de inmensa alegría, de gratitud a Dios y de agradecimiento a los hombres: la concesión del Premio Ratzinger en su primera convocatoria. Este premio lo otorgaba la Fundación Ratzinger que administra los derechos de autor de todos sus libros. Estaba pensado para concederlo a personas que hubieran dedicado su vida a la teología, a la vez que a jóvenes que estuvieran comenzando su camino teológico. La elección del premiado estaba en manos de un comité científico. La entrega del premio fue hecha por el propio Ratzinger el 3 de junio de 2011, en un acto solemnísimos en el Aula Mater Clementisima del Vaticano, con la asistencia de muchos profesores y de otros amigos, a la vez que autoridades de la Iglesia. Ratzinger en unas palabras glosó las características de mi teología, subrayando la entrega total a su cultivo, sin obviar esfuerzos ni esquivar dificultades. El elogio evidentemente era excesivo y lo era por ser de un amigo a otro amigo. Y era extraordinario ya que rara vez un Papa hace de manera pública y solemne el elogio de un teólogo vivo. El obsequio personal consistió en una breve lección magistral que nos dio con el título: ¿Qué es teología?, cuyo texto adjunto a estas páginas.

Estos últimos años la relación ha sido menor, dada su tarea y su salud, pero se ha mantenido a través de signos. Una de las últimas cartas suyas es respuesta a una invitación en la que le invitaba a venir para hablar en la Universidad civil dentro de un curso que yo dirigía en una cátedra especial “Domingo de Soto”. Eran ya los últimos días de Juan Pablo II y en su contestación me decía que le hubiera gustado mucho hablar en la Universidad de Salamanca, nombre

unido al de tantos teólogos, pero que llegaba el final, que por fin podía volver a Alemania y a la teología para escribir el libro que ambos anhelábamos escribir teniendo siempre la idea de fondo: hacer en nuestra situación espiritual y a la altura de nuestro tiempo, lo que hizo Guardini en la suya. Tres semanas después que recibí su carta era elegido papa.

Y lo que a mí me parece una heroicidad o un milagro es haber acabado y habernos legado esa obra sobre Cristo, entrañable de reflexión sobre el que es el primer contenido, reflexión unida a una confesión sin confusión y sin separación entre ambas. El problema de la relación entre el llamado Jesús histórico y el Cristo de la fe es central en el cristianismo, y se había agudizado en el último siglo a partir de la última mitad del siglo XIX. En juego está la interpretación de la Biblia en una lectura crítica (es decir elaborada con todos los instrumentos que hoy tenemos a nuestro alcance) y una lectura crística (mostrando cómo la persona de Cristo es a la vez su contenido central y su definitivo criterio). El presente y futuro inmediato de nuestra fe depender de cómo asumamos la Biblia y cómo la interpretemos desde la razón y desde la fe, es decir en Sorbona y en Iglesia.

Ratzinger percibió la gravedad del problema desde muy pronto. Aparte de sus propias publicaciones sobre la Escritura en la Iglesia, siendo ya Prefecto de la congregación, impulsó el documento de la Pontificia Comisión bíblica: “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” (1993), y un segundo: “El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana” (2002). En la teología tenemos un problema de fondo del que casi nadie habla. Hasta 1970 los teólogos utilizaron la Biblia en el sentido tradicional escolástico. El Vaticano II en la *Dei verbum* dijo que la Biblia debía ser “veluti anima Sacrae Theologie” (DV 26). Pero hasta ahora no ha surgido un proyecto teológico elaborado a partir de esta nueva perspectiva. No sabemos cómo utilizar los textos a la luz de la tradición patristica y posterior a la vez que con los métodos críticos modernos. En este sentido el libro de Ratzinger sobre Jesucristo es de los pocos intentos de comprender su mensaje y persona, mirándole con los dos ojos: aportación de los métodos modernos y confesión de fe. En las recensiones que se hicieron de él, unos le acusaban de no tomar en serio lo que ahora se dice sobre el Jesús histórico y otros de que no recuperaba todo lo que la tradición eclesial ha dicho sobre él. Él lo intentó y ha sido una de sus máximas aportaciones a la teología y a la vida de la Iglesia. Superar este dualismo mortal es la máxima tarea de las nuevas generaciones teológicas.

Una expresión de la fiel amistad entre nosotros ha sido el envío inmediato de cada uno de nuestros libros, comentando con amor y humor críticos su respectivo valor. La dedicatoria de los de Ratzinger casi siempre era esta o

similar: “Für Prof. Olegario González de Cardedal in alter Freundschaft, Benedikt XVI = Para el Profesor Olegario González de Cardedal en la vieja amistad, Benedicto XVI”. La dedicatoria de los últimos libros ya está en una letra tan diminuta, que es ilegible; siempre añade quien le haga de secretario la trascripción. Cuando recibía la visita de alguien venido de Salamanca, o decía algo en conexión con ella o pronunciaba la palabra, su respuesta era siempre: ¿Y cómo está Olegario? Los últimos años, la comunicación ya ha sido imposible. La forma de su ejercicio ha sido el silencio, el recuerdo, la oración.

Yo soy quien soy gracias a las personas que Dios puso en mi camino y me mostraron la verdad de la fe y la validez del evangelio vivido en la iglesia para vida del mundo; y dentro de ella la dureza y grandeza de la vocación teológica. Me permito concluir con cita de dos autores, bien distintos, en cuyas palabras yo he percibido la misión sagrada del pensar tanto del filósofo como del teólogo y que son especialmente exigibles hoy. Con Nietzsche, siento como un imperativo sagrado la honestidad intelectual al pensar, proponer y vivir la fe (Intellektuelle Redlichkeit: *Werke in drei Bänden. Index* 310-311), y con Santo Tomás, el tener que aprender de todos pero orientado siempre no hacia opiniones sino hacia la verdad misma. “Studium philosophiae non est ad hoc quod sciatur quid homines senserint de veritate sed qualiter se habeat veritas rerum” (*De coelo* lib I, lec 22).

Hoy le agradezco a Dios la vida que me ha dado y la vocación teológica a la que me ha llamado. Y agradezco a Ratzinger lo que con su persona, su pensamiento teológico y su amistad me ha alumbrado y acompañado en mi camino. Existencia y teología, que he querido fueran para gloria de Dios y vida del mundo.